

De San Nicolás de Tolentino, Confesor.

(Predicado en Cartago de Costa Rica 1877.)

Confiteor tibi, Pater, . . . quia abscondisti
hæc a sapientibus et prudentibus, et revelasti ea
parvulis. Matth. 11, 25.

1. No vengo, hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, á presentaros la brillante figura de uno de esos hombres que el mundo y aun la historia apellida grandes, de un sabio de primer orden, de un conquistador audaz, de un político eminente. Vengo sí á ensalzar las virtudes de un humilde monje, de un santo ermitaño de la insigne orden religiosa de San Agustín, á quien la Iglesia ha elevado al sublime honor de los altares y á quien la devoción del pueblo cristiano aclama Padre y Protector, y venera como á extraordinario taumaturgo. Vuestra gratitud, oh hijos de la piadosa ciudad de Cartago, acredita bastante el valimiento del glorioso San Nicolás de Tolentino cerca del trono de Dios para alcanzar mercedes y gracias en favor de sus devotos; valimiento que pesa más sin duda, en el tribunal de la recta razón, que todas las falsas grandezas y glorias deslumbradoras del siglo. Nicolás, el humilde, el penitente religioso, ni brilló á los ojos de los hombres y en las grandes academias con la aureola de la ciencia humana; pero supo adquirir en la escuela de Jesucristo aquella otra eminente ciencia de los santos en que consiste la verdadera filosofía cristiana, la sabiduría por excelencia. Porque hay dos clases de ciencia, hermanos míos, que conviene distinguir para escoger la verdadera y sólida, ya que todos anhelamos conocer las verdades necesarias para ser felices: la ciencia humana, la que el Apóstol llama *de este siglo*, y la ciencia de Dios, ó como la apellida el mismo Doctor de las naciones, la supereminente *ciencia de Cristo*¹. Aquélla es ambicionada

¹ Eph. 3, 19.

por los que anhelan figurar en el mundo, ésta por los que, desdénando lo caduco y perecedero, no buscan más que los bienes eternos. La primera hincha y desvanece al que la posee; la segunda edifica y construye para la propia y la ajena felicidad. La sabiduría mundana viene á ser insignificante y de ningún valor si se la compara con la ciencia divina, ya sea por relación á su objeto, ya por razón del modo como se infunde una y otra en el entendimiento del hombre. Sin detenerme en hacer este cotejo, yo intento demostraros, para gloria de vuestro santo Patrono y para edificación de vuestras almas, que San Nicolás de Tolentino poseyó en alto grado la grande y verdadera ciencia, la filosofía del cielo, verificándose en él lo que decía nuestro Señor Jesucristo, cuando glorificaba á su Padre, esto es, que reveló Dios á los humildes lo que escondió á los ojos de los sabios y prudentes del siglo¹.

2. Porque, bien visto, hermanos míos, ¿cuál es el objeto verdaderamente importante del saber humano, sino Dios y el hombre, ó, como decía el otro sabio: «Conocerse á sí mismo, después de conocer á Dios»? ¡Ah! y ¡cuán pocos entre los que el mundo tiene por sabios, conocen de veras al Criador y se conocen á sí mismos! Á lo menos de un modo claro y práctico, apenas hay quien llegue á poseer este conocimiento fuera de la escuela de la religión. Pues ved aquí la gran ciencia de San Nicolás: desde la infancia supo conocer á Dios y al mundo; á éste para sustraerse á sus pérfidos engaños, á Dios para amarle de todo corazón y labrar de este modo su felicidad, haciendo de esta vida mortal un paraíso anticipado. Y esta doble ciencia, la más elevada y necesaria, podemos adquirirla todos con la imitación y la protección de vuestro amado Patrono. Apresurémonos á implorar las luces del Espíritu Santo por la intercesión de María. *Ave María.*

¹ Matth. 11, 25.

I.

3. Allá en los últimos años del famoso siglo XIII, del siglo de las grandes órdenes monásticas, un célebre predicador salido del desierto, revestido con el hábito de los Ermitaños de San Agustín, anunciaba á los pueblos de Italia la palabra de verdad eterna, convidando á todos los hombres al menosprecio del mundo. ¡Magnífico tema de la predicación evangélica que á tantos pecadores ha convertido y santificado! Un joven eclesiástico que atento escuchaba al predicador, sintióse extraordinariamente conmovido, abrasado en deseos de renunciar al mundo para no buscar más que las cosas del cielo. ¿Quién era este joven, amados oyentes? Ya lo habréis adivinado: no era otro que el que más adelante había de ser San Nicolás, llamado de Tolentino, aunque nacido en San Ángelo de Piceno. Hijo de bendición, obtenido milagrosamente por la oración de sus virtuosos padres ante el sepulcro de San Nicolás de Bari, llevaba el nombre del Santo bajo cuya tutela había nacido, y por cierto no lo llevaba solamente sino que lo honraba con una conducta irreprochable y llena de virtudes. Su devoción desde tierno niño era tan grande que se dice haber visto con los ojos corporales á Cristo nuestro Señor, á tiempo que oraba en la iglesia: favor extraordinario, pero no inverosímil tratándose de una alma predestinada para tan altos destinos como Nicolás. Conocedor éste del secreto de su nacimiento, habíase propuesto glorificar á su Criador siguiendo fidelísimamente las huellas de aquel santo Obispo cuyo nombre llevaba agradecido; quiso, pues, imitarle en la virtud en que aquel se distinguiera desde la infancia, esto es, en la abstinencia, pero en una abstinencia prodigiosa. Apenas rayaba nuestro Santo en los siete años, es decir, apenas se entreabría su alma pura á los primeros rayos de la discreción, cuando ya practicaba el riguroso ayuno tres días á la

semana, reduciendo toda su alimentación á un poco de pan y agua, costumbre que no abandonó jamás en el curso de su vida. Y aquí empezamos á admirar la sabiduría divina que le guiaba por los senderos de la rectitud¹. ¿Quién no dijera que aquel rigor con que trataba su cuerpo el inocente niño era efecto de imprudente y mal aconsejado fervor, con que dañaba su salud y perjudicaba su desarrollo físico, y aun podía comprometer su delicada existencia? Así hablaría, como suele, la prudencia humana, la prudencia de la carne, de que dice el Apóstol que es muerte; no así la prudencia del espíritu que es vida y paz², la cual iluminaba maravillosamente á nuestro Santo, mostrándole los caminos por donde Dios le iba elevando á una extraordinaria perfección. Era un niño en la edad, y era un anciano por la sabiduría de sus pensamientos y la pureza de su vida. *Cani autem sunt sensus hominis*, que dice el Espíritu Santo³. Adelantado en años había también crecido en la sabiduría, á semejanza de Jesús: *Proficiebat sapientia et ætate*⁴, y con los ejercicios de la devoción, la fuga de las malas compañías de otros niños, el trato con personas religiosas y demás buenas obras en que se ocupaba al mismo tiempo que se aplicaba al estudio de las letras, aquel lirio purísimo de su inocencia virginal estaba tan lozano y fragante como en el momento en que lo recibió de mano de Jesucristo, al salir regenerado de la pila bautismal.

4. Pero no es esto solo. La vista de los peligros del mundo que empieza ya á entrever, á pesar de su candor, le hace estremecer, y piensa en armarse principalmente con la fuga. ¡Consejo prudentísimo que todos deberíamos seguir en el grado y la manera posible á nuestra condición! El estado eclesiástico le pondrá á salvo de los más

¹ Sap. 10, 10.² Rom. 8, 6.³ Sap. 4, 8.⁴ Luc. 2, 52.

ciertos peligros de la vida del alma y le dispondrá también á la imitación perfecta de aquel Prelado eximio que ha tomado por modelo, cuya vida en el episcopado fué toda un trasunto de la vida apostólica. Nicolás entra en la milicia clerical y es ya canónigo de San Salvador á pesar de su juventud; todos ven en su persona el modelo de su estado; más que un virtuoso eclesiástico, es un varón santo, respetable por la madurez de sus costumbres ejemplares. Todos le admiran complacidos y bendicen á Dios glorificado en su fiel siervo; todos parece que participan de la felicidad de que seguramente disfruta más que nadie el que es objeto de la benevolencia universal; todos están satisfechos y contentos, menos Nicolás. . . . Y ¿por qué no lo ha de estar? Porque á pesar de la santidad de su estado, Nicolás no se cree plenamente seguro de los lazos del mundo. Pero ¿qué? ¿no ha huído de él bastante lejos acogiéndose á la soledad del santuario? Sí, pero el mundo va tras él, y parece pretender, si no arrancarle de los sagrados tabernáculos, colocarse á su lado, tomar siquiera alguna parte de los afectos de su corazón y, poco á poco, á fuerza de arteras y sutiles asechanzas desbaratar los brillantes planes de santidad que la Providencia ha formado sobre aquel nuevo vaso de elección. Al mismo tiempo la palabra de Cristo que le dice: «Vé y vende todo lo que tienes y dáselo á los pobres, y ven y sígueme»¹, resonando día y noche en su corazón, no le da punto de reposo, prueba evidente de que Dios le llama á otro retiro más perfecto, á huir todavía más lejos. . . . y ¿quién le detiene para no seguir la voz de Cristo? ¿Quién? ¡ay! el mundo, astuto y pérfido enemigo. Sí, le detiene, no con cadenas de culpa ciertamente, pues el corazón de Nicolás se vió siempre libre de los lazos de la carne y del pecado, ni siquiera con el atractivo de las

¹ Luc. 18, 22.

comodidades y regalos permitidos á la vida humana, los cuales jamás ha conocido el varón penitentísimo; pero sí ¿quién lo creyera? con las doradas cadenas de la posición que ya posee y de los honores que para más tarde le prepara su propio mérito, aun dentro de la Iglesia; honores que hoy por hoy su corazón no cautivan, antes los mira tan sólo como una carga inseparable del ministerio de salvación á que se ha consagrado, pero que, no obstante, insensible y traidoramente, como el halagüeño soplo de un aura emponzoñada, podrán envenenar las puras fuentes de su vida, haciéndole inconsciente discípulo del mundo en vez de verdadero imitador de Cristo. ¡Ah! ¡carísimos hermanos! ¡cuán sutil, cuán engañoso es el espíritu del mundo! Apenas la virtud más acendrada y más austera logra sustraerse á su funesto influjo. ¿Qué será de la virtud vulgar y que no cuenta con luces especiales para conocerlo? ¡Oh! y ¡qué poco lo conocen los que el siglo llama sabios y prudentes!

5. Nicolás no fué víctima de sus engaños. En medio de sus vacilaciones la voz del austero agustino hirió su corazón como la voz del Señor estremeciendo el desierto: *Vox Domini concutientis desertum*¹, y una luz extraordinaria, súbita como la claridad del relámpago, ilumina los horizontes de su existencia y le descubre toda la vanidad que oculta el mundo bajo las más lisonjeras apariencias. Corre en busca de la soledad á ocultarse entre los muros del claustro de Tolentino, como en el fondo de un sepulcro, para salir de allí resplandeciente á nueva vida, revestido de la vida de Cristo. Nicolás ha triunfado completamente del mundo, abandonándole para siempre. ¿Quién le ha arrancado á las más ciertas esperanzas de un brillante porvenir? ¡Ah! el amor de Jesucristo, la revelación del misterio de la cruz. *Abscondisti haec a sapientibus,*

¹ Ps. 28. 9.

*et revelasti ea parvulis*¹. ¡Qué hermoso, qué sublime es este conocimiento del mundo, el cual como por intuición sobrenatural, por una especie de penetración se adelanta á la experiencia y no aguarda las sabias pero amargas lecciones del propio desengaño! ¡Qué gloria, aborrecerle sin haber gustado el néctar venenoso de sus embriagadoras delicias! Tal es la suerte venturosa de nuestro joven héroe, iluminado con las luces de una superior sabiduría. Desde allí, desde el retiro de su solitario yermo, viviendo entre los ángeles y gustando de las inefables delicias de una conversación celestial, delicias que fueron el ensueño de los antiguos filósofos y que sólo el cristianismo ha podido realizar en el seno de los monasterios, Nicolás contempla el mundo y sus vicisitudes, como se contempla desde elevada torre, atónita la mente, el borrascoso océano que levanta su oleaje tumultuoso como provocando al cielo, mientras arroja á la playa las espumas de sus confusiones²; y al contemplar este cuadro grandioso y terrible, bendice al Señor y compadece á sus hermanos que fluctúan y zozobran. . . . ¡Qué contraste ofreció entonces la vida mundana con la que llevaba Nicolás en el retiro! Él que siempre había sido espejo de virtudes cristianas, lo fué ahora de las virtudes propias del estado religioso, humildad, pobreza, silencio y obediencia, llegando á ser espejo de aquellos santos cenobitas y ornamento de toda su sagrada religión. El mundo ofrecía en aquella época un espectáculo poco más ó menos semejante al que hoy ofrece, al que ofrecerá en todo tiempo, porque *necesse est ut veniant scandala*³, y el escándalo es la corrupción de costumbres, la herejía é irreligión, la pública infracción y desprecio de las leyes de Dios y de su Iglesia. Para poner un dique á esa corriente de iniquidades se fundaron en aquel mismo siglo las célebres órdenes

¹ Matth. 11, 25.² Iud. 13.³ Matth. 18, 7.

mendicantes de Santo Domingo, San Agustín y San Francisco de Asís. Los apóstoles salidos de estas escuelas de santidad, como de nuevos cenáculos, se lanzaron á combatir el vicio, el error y la ignorancia, logrando conseguir numerosos y brillantes triunfos que regocijaron el corazón de la Iglesia, mientras otros de estos héroes del Evangelio hacían llover del cielo torrentes de gracias por medio de la contemplación y de la penitencia. Á esta falange, no menos apostólica y gloriosa, perteneció nuestro esclarecido Patrono, el ilustre Eremita, San Nicolás de Tolentino.

6. La vista de aquel monstruo de siete cabezas que se llama el mundo, inspira á nuestro Santo horror y enojo, enojo bien justificado, como justa es la ira de Dios que condena al necio mundo á expiar con lágrimas de sangre sus locas explosiones de risa. *Vae vobis qui ridetis nunc, quia lugebitis*¹. Mas al inquirir la raíz de tantas abominaciones, y descubrir que no es otra sino la feroz concupiscencia, pues escrito está: *Radix omnium malorum est cupiditas*², convierte contra esta hidra sus odios y venganzas, y advirtiendo que la tiene muy cerca, que la lleva consigo, persíguela con encarnizamiento dentro de sí mismo, diciendo con el Apóstol que, aunque no ha experimentado sus estragos, porque no le ha robado la inocencia, quiere sin embargo destruir, hasta donde posible sea, el cuerpo de pecado y reducirlo á eterna servidumbre, para agotar y matar, siquiera en su persona, los gérmenes de la mundana corrupción³. Por eso le veréis, hermanos carísimos, convertirse en verdugo de su carne, digo mal, de la concupiscencia que habita en nuestros miembros⁴, y con un aparato imponente de martirios, con cadenas de hierro, sangrientas disciplinas, ásperos cilicios, interminables

¹ Luc. 6, 25.² 1 Tim. 6, 10.³ 1 Cor. 9, 27.⁴ Iac. 4, 1.

abstinencias y privación de todas las comodidades de la vida, derrocar el ídolo de la sensualidad que el mundo adora, mostrando al hombre que el secreto de la verdadera sabiduría consiste en sujetar la carne á la razón, los sentidos al espíritu y éste á la soberana voluntad de Dios. Mas con solo esto no le parecía haber obtenido una victoria completa, y así emprende una nueva campaña contra el mundo, que será coronada de otra nueva y más espléndida victoria, la campaña contra el orgullo y la soberbia, habiendo ya quedado vencida la codicia de riquezas desde el punto en que lo dejó todo por seguir al desnudo Jesús. Mal enemigo es el orgullo, porque antes de revestir la forma satánica de idolatría de sí propio, aparece disfrazado muchas veces con el manto de una justa y moderada ambición, del aprecio de la estima y aplausos de la sociedad y del afán de procurarse reputación y nombradía y andar en las bocas de los hombres, para realizar grandes obras á gloria del Criador. Y ¿quién es el varón tan discreto y sabio que no cae alguna vez bajo la suave tiranía de la ambición mundana? ¿qué estado, qué dignidad ó qué virtud está exenta del amor de la gloria? Por más alto que protestemos contra la vanidad del renombre, ¿qué corazón hay tan levantado á que no lleguen los vapores de la vanidad? Crece la dificultad de esta lucha en la misma proporción en que parece debía disminuir, esto es, en la proporción de la virtud y el mérito. . . . La vida de San Nicolás, dicen los historiadores, era como de un hombre perfectísimo y venido del cielo: ¿qué prestigio no tendría en todos los moradores de aquella comarca, y más siendo testigos de sus estupendos milagros? De aquí ¿qué peligro para su humildad! Pero allí estaba también la vigilancia del siervo fiel que no se alza jamás con los dones recibidos; allí, la santa sencillez del corazón apostólico que exclama con sinceridad: «Toda nuestra suficiencia viene

de Dios»¹; allí, en fin, el ejercicio de la caridad fraterna con que se abate hasta los pies de sus hermanos.

7. El mundo tiene un aliado terrible, por lo poderoso y astuto, en el demonio á quien el Salvador llamó, «príncipe de este mundo»², y á quien, por más que con su pasión lo haya arrojado fuera el divino Triunfador, tienen que resistir y combatir día y noche, haciendo supremos esfuerzos para vencerle, los mayores siervos de Dios. Esta lucha formidable pocos la experimentaron en el grado que el valeroso campeón de Cristo, San Nicolás; pero tampoco hubo muchos que consiguieran como él tan multiplicadas y gloriosas victorias. ¡Qué osadía la de Satanás! Permitiéndolo el Señor para mayor prueba y corona de su siervo, una noche que éste oraba, como solía, delante de un altar, el demonio apagó la lámpara, arrojóla al suelo y la hizo pedazos, y poniéndose sobre el techo de la iglesia, comenzó á destejarle y hacer tanto ruido que parecía que se venía al suelo toda la fábrica. No contento con esto, tomó varias y horribles figuras de fieras para espantarle; mas como el Santo no se moviese de su oración, le dió tantos y tan grandes golpes, que por muchos días le quedaron en el cuerpo las señales de las heridas. Otra vez, entrando Nicolás á hacer oración delante de un crucifijo, el demonio le derribó y le maltrató de manera que le dejó por muerto; pero él, esforzado por el Señor, se levantó é hizo su oración y dió gracias porque así le probaba y le daba victoria sobre su infernal enemigo³. Estrellábanse, pues, todas las furias infernales contra la roca firmísima de la constancia con que Nicolás perseveraba en su dulce trato y regalada conversación con Dios. Y así, con superior sabiduría, vencía nuestro héroe, no solamente al mundo y sus concupiscencias, sino también al tirano del mundo y sus legiones. Pero ¿de dónde derivaba á su

¹ 2 Cor. 3, 5.² Io. 12, 31.³ *Rivadeneira*, Flos Sanct.

entendimiento esa luz sino de aquella otra luz soberana del conocimiento de Dios que inundaba su espíritu? «Gloriarse enhorabuena el que quiera gloriarse», dice Dios por su Profeta, «en saber y conocerme á mí»¹; porque «en conocer á Dios», como dice el Sabio, «está la suma perfección de la justicia.»² Ésta fué la gran ciencia de San Nicolás, como vamos á ver y admirar en la segunda parte.

II.

8. Es de advertir, amadísimos oyentes, que estudiando á Jesucristo en el misterio de la cruz fué cómo penetró nuestro Santo los más altos arcanos del conocimiento de Dios. Y así tenía que ser, y será siempre, según la admirable disposición del mismo Dios. Porque siendo así que en Cristo Jesús están escondidos, como enseña el Apóstol, todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia del Padre³, como sea Él mismo esa sabiduría eterna descubierta y manifestada á los hombres; claro está que conocer á Jesucristo es tanto como conocer á Dios; y cuanto más se profundice en el misterio de la redención, tanto más avanzará la mente humana en los misterios de la Divinidad. Pero no basta adquirir un conocimiento puramente especulativo aunque sobrenatural; es preciso conocer á Cristo prácticamente y para esto es menester acompañarle y seguirle muy de cerca, como le siguieron los apóstoles, como le han seguido todos los santos, y en particular nuestro glorioso Patrono. Del seguimiento nace la imitación, y el mejor método para alcanzar la supereminente ciencia de Jesucristo es imitarle, tomando su cruz y subiendo con Él hasta el Calvario. Por este seguro camino llegó San Nicolás á abismarse en la contemplación de Dios como en un piélago de luz y de felicidad. Le habéis visto desde niño orando con extremado recogimiento

¹ Jer. 9, 24.² Sap. 15, 3.³ Col. 2, 3.

miento y devoción en la iglesia; y más adelante en las solitarias, moradas del claustro y debajo de las bóvedas del templo, en altas horas de la noche, absorto en la contemplación ante la imagen del Crucificado, con tal ahinco y enajenamiento de todas sus potencias que las más violentas embestidas del demonio no eran parte para distraerle y arrancarle de aquel sitio y retrete delicioso.

9. Pero el conocimiento de Dios no se estrecha en los límites del tiempo que el alma está entregada exclusivamente á la oración. Conocer á Jesucristo Dios es tanto como sentir á todas horas su amorosa presencia en lo íntimo del alma, es inflamarse en sus castísimos amores, es despreciarlo todo por poseerlo á Él solo, es seguirle á todas partes como la enamorada Esposa de los Cantares, preguntando á todas las criaturas que le salen al paso: «¿En dónde está el Amado de mi alma? Yo os conjuro, si encontrareis á mi Amado, á que le aviséis que desfallezco de amor»¹; y, no hallándole en la tierra en la forma que el alma le desea, suspirar por el día de la libertad, como suspiraba el Apóstol², no mirando la vida temporal sino bajo el aspecto triste y melancólico de un destierro que se va prolongando demasiado³. Por eso Nicolás exclamaba día y noche, especialmente los últimos años de su vida: *Cupio dissolvi et esse cum Christo*—«Anhele ser desatado y estar con Cristo.»⁴ Para aliviar las penas de su destierro y corresponder á sus amorosas ansias y suspiros, el Dios de las misericordias le regaló con favores y mercedes verdaderamente extraordinarios. Llegábase la feliz hora de su tránsito á la mansión de los bienaventurados, y para que gustase anticipadamente algo de las dulzuras celestiales, seis meses antes de su muerte, cada noche, á la hora de maitines, le dieron música los

¹ Cant. 5, 8.² Rom. 7, 24.³ Ps. 119, 5.⁴ Phil. 1, 23.

ángeles. ¡Cuáles serían entonces los trasportes de aquella alma endiosada! ¡Cuáles las delicias de su corazón muerto á todo lo terreno y sólo vivo para Dios! Mas ¿quién podrá alcanzar las dulzuras inefables de aquel tránsito felicísimo y suavísima partida de este mundo? Habló de ella á sus hermanos como de un día de fiesta para la cual los convidaba: rodeado de aquellos ángeles de la tierra recibió por la vez postrera á su amado Jesús con abundancia de lágrimas de amor y contento, pues como refiere su biógrafo, su espíritu se regocijaba sobremanera por el deseo que tenía de salir de la cárcel de este cuerpo y ver á Dios cara á cara. Admirábanse los circunstantes de verle en aquel trance, para otros tan amargo, tan contento y alegre, y él les explicó la causa diciéndoles: «Porque mi Señor Jesucristo, acompañado de su dulce Madre y de nuestro Padre San Agustín, me convida á la partida y me dice que me alegre y entre en el gozo de mi Dios.» Oía en efecto el siervo fiel y prudente las palabras de enhorabuena con que Cristo acoge á los suyos en aquella hora solemne de la recompensa: *Euge, serve bone et fidelis! Intra in gaudium Domini tui*¹. Y así fué como Nicolás, levantados los ojos y las manos hacia la cruz que tenía delante de sí, y exclamando como el Salvador: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*², entregó su alma purísima en las manos de su Dios con una paz y tranquilidad maravillosas. Voló á ver claramente al que, apenas vislumbrado en la oscuridad de la tierra, llenó de luz su mente y arrebató su corazón.

10. Ahí tenéis el modelo del verdadero sabio, del que, con la luz de lo alto, penetra hasta dentro de las profundidades de la Divinidad. Porque Nicolás no sólo columbró las cosas celestiales y divinas, sino que fué favorecido con la visión de los acontecimientos venideros por el don

¹ Matth. 25, 21.

² Luc. 23, 26.

de profecía, y con el ojo certero del médico que, sin necesidad de específicos y medicinas, arroja la enfermedad del cuerpo humano y le devuelve con una palabra ó con un signo la perdida salud, restituyó la vista á los ciegos y aun llegó á lanzar de esos mismos cuerpos á los demonios que los atormentaban. ¡Sabiduría celestial á cuyos resultados no alcanza todo el ingenio y el saber del hombre! Por eso el pueblo cristiano venera y ama á nuestro Santo como á uno de los amigos más favorecidos de Dios: por eso se regocija el pueblo de Cartago de tenerle por Patrono de uno de sus barrios principales y se esmera en tributarle grandes y solemnes cultos. Pero no basta, amados fieles, que le profeséis la más tierna devoción y le invoquéis en vuestras necesidades: es preciso también que, á su imitación, procuréis adquirir aquella sabiduría del cielo que consiste en conocer al mundo para aborrecerle y á Dios para amarle de todo corazón. Haciéndolo así llegaréis á ser dichosos en el tiempo y en la eternidad. Así sea.

De San Roque, Confesor.

(Predicado en Bogotá, 1900.)

Gloriabor in infirmitatibus meis. . . .

² Cor. 12, 9.

1. La festividad que hoy celebramos, hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, en honor de uno de los santos más populares en el mundo cristiano, y particularmente en la católica Colombia, como es el bienaventurado Confesor de Cristo, San Roque, abogado contra la peste, nos ofrece la más brillante prueba de la verdad de la promesa de Cristo nuestro Señor cuando dijo: «Á quien se dedicare á mi servicio, mi Padre lo colmará de honra y gloria.»¹

¹ Io. 12, 26.